

Monumento al olvido y a la impunidad

No juguemos con los sentimientos de los salvadoreños

Sin símbolos, es cierto, no podemos vivir los seres humanos. El problema está en que entre éstos, unos son verdaderos y en ellos la realidad expresa su verdad, otros son vacíos y no dicen nada, y otros, por último, encubren la realidad. Los primeros suelen ser muy beneficiosos, pues nos retrotraen a la verdad y con ella al compromiso y la esperanza. Los otros suelen ser peligrosos y aun nocivos, pues siguen manteniendo la indiferencia, cuando no la mentira.

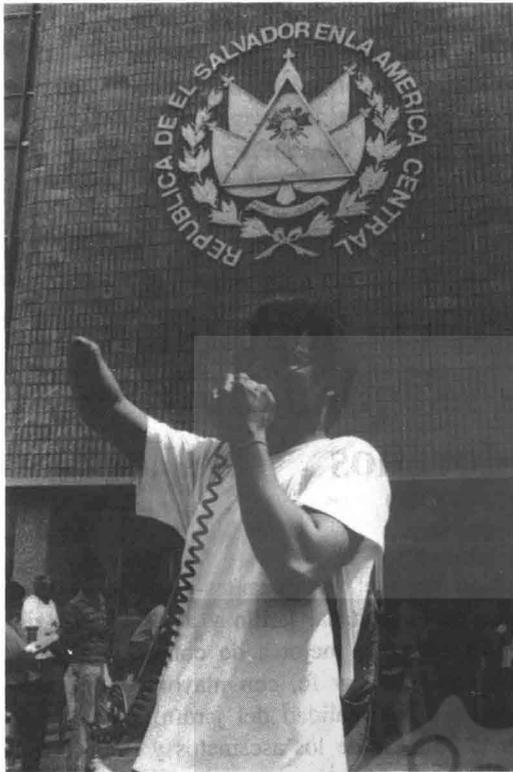
Decimos esto porque El Salvador es un país cuya realidad ha tomado la palabra y ésta se ha expresado en símbolos muy poderosos. Así, símbolos verdaderos y beneficiosos son el altar del hospitalito, el jardín de rosas de la UCA, el sencillo monumento construido en El Mozote y tantos otros lugares escondidos, visitados o llevados simplemente en el corazón de los familiares y amigos de las víctimas. Esos lugares sagrados —con sus flores, sus cuadros, sus pequeños arreglos— son los verdaderos símbolos del país, porque en ellos aparece claramente, por una parte, lo que nuestra realidad tiene de maldición, pero sobre todo y con mayor fuerza, lo que tiene de bendición.

Trabajo muy cerca del jardín de rosas donde fueron asesinados los jesuitas, Julia Elba y Celina. He visto pasar por él a miles de personas, de muchas partes, con inmenso respeto y devoción, con lágrimas y oración, y he llegado a la sencilla con-

clusión de que los visitantes-peregrinos siempre salen de la visita al jardín y a las tumbas de la capilla un poco mejores de como entraron, con más humanidad y fe, con mayor compromiso y esperanza. La realidad del jardín, sobrecogedora por la barbarie de los asesinatos y fascinante por el amor de los mártires, toma la palabra, comunica y contagia devoción, amor, esperanza y, quizás, hasta conversión.

También he tenido el privilegio de estar en El Mozote, teniendo como compañera y guía a Rufina, la superviviente. Allí está la iglesia destruida donde asesinaron a los varones, la casita donde mataron a los niños y la otra casa donde mataron a las mujeres. En un sencillo monumento a las víctimas se leen estas palabras, "Ellos no ha muerto. Están con nosotros, con ustedes y con la humanidad entera". Y el visitante regresa sobrecogido, pero con un poco más de esperanza

En la capilla del Hospitalito, donde fue asesinado Monseñor Romero, y en la casita donde vivió se observa el mismo desfile de visitantes con el mismo respeto y devoción, como pidiendo a Dios que les contagie algo de la bondad de ese excepcional Monseñor. Y allí he podido ver cómo sacerdotes venidos de lejos celebran la eucaristía como antaño lo hacían —como singular privilegio— en las tumbas de los mártires, y he visto también cómo un equipo de televisión española, a quienes



los avatares de su profesión suelen endurecer y no inclinar a estas cosas, no podían contener las lágrimas.

Y quisiera añadir una cosa más. En estos tres lugares que he mencionado, tan sumamente trágicos, no hay asomo de maquinaciones y venganzas contras los verdugos, sino que se respira un ambiente de paz y de esperanza, y hasta de reconciliación y de perdón. Milagro de los mártires.

* * *

No es esto lo que ocurrió el 12 de enero. Ese día el gobierno salvadoreño inauguró un monumento que consiste en una inmensa figura de Jesucristo, con una paloma en su mano izquierda y con la siguiente leyenda: "La paz esté con vosotros". Todos los elementos elegidos para configurar el monumento son magníficos, cierto: Jesucristo, la paloma y la leyenda de la paz, pero no llegan a convertirse en símbolo verdadero y beneficioso para el país porque no logran hacer hablar a

la realidad salvadoreña, su inmensa tragedia y su gran amor, ni logran expresar los sentimientos más hondos de la gente. Los actos de la inauguración tampoco ayudaron en nada a poner carne real al simbolismo de la imagen, sino que la enterraron en la inanidad. En otras palabras, ese monumento en nada se parece al jardín de rosas o al hospitalito o a El Mozote. Triste y escandalosamente, parece ser más bien un descargar la conciencia, con ligereza, en cosas sumamente serias, un cumplir — muy mal— con lo que pide la Comisión de la verdad y una manipulación más de tanto dolor acumulado para favorecer la campaña política electoral desde la perspectiva gubernamental.

Tan poca importancia ha concedido el gobierno al monumento que de no haber sido por la cobertura de los medios, la inauguración hubiese pasado casi desaparecida, y de hecho ha sido sólo una más en la serie de inauguraciones que hizo el gobierno a propósito de los juegos centroamericanos, en que lo importante era "inaugurar" —cualquier cosa— más que lo que con ello se quería "recordar" o "celebrar".

Al acto se hizo presente el presidente Cristiani y los partidos políticos, incluidos los de la izquierda. Sonrieron con sonrisas de circunstancias y se dieron la mano como muy bien pudieran no haberlo hecho —algunos dirigentes del FMLN dijeron que esto sólo no es, ni mucho menos, un paso serio en favor de la paz. Era evidente que todo era postizo, pura formalidad, pues en la realidad del país no se ve mucha reconciliación ni mucha paz de la que trajo Jesús, a pesar de que éso se lee en el monumento. Ni siquiera al nivel puramente simbólico la ocasión alcanzó —ni de lejos— el emotivo ambiente de Chapultepec. Bien está, pues, que quede un monumento para celebrar el fin de la guerra, por supuesto, pero mal está que se haga de esta manera. Y ello por varias razones graves.

La primera es que en el acto de inauguración no hubo un gesto de parte del gobierno —ya que de símbolos se trata— de dar la importancia debida a la verdadera reconciliación y paz, que incluyan la justicia, ni un compromiso gubernamental de consolidar los acuerdos de paz. Nada de esto se

mencionó en serio en los discursos.

La segunda es que el acto no fue popular en ningún sentido de la palabra. No hubo esfuerzo, pero ni siquiera interés, en reunir para celebrar la paz y la reconciliación a decenas de miles de salvadoreños, cuando sí los hubo para reunirlos en los juegos centroamericanos. No hubo interés en juntar a las mayorías populares, de ambos bandos, para decir que sí queremos ser un solo pueblo unido. Ni tampoco hubo un saludo sincero y comprometido entre pueblo y gobierno. Todo fue como para salir del paso. Y si se dijera que es muy difícil juntar ahora a decenas y centenares de miles para celebrar ante el nuevo monumento la paz y la reconciliación eso mismo indicaría qué poco ha trabajado el gobierno realmente por conseguirlo —y eso sin recordar la represión con la que reaccionó el gobierno cuando los lisiados de guerra de uno y otro bando se unieron para reclamar sus derechos en un poderoso gesto de reconciliación.

La tercera es que no sólo no estuvieron presentes “los vivos” del pueblo salvadoreño, sino —lo más delicado y sensible— tampoco estuvieron presentes “los muertos”, las víctimas, los 75,000. Los grandes ausentes en el acto y en el monumento son las víctimas —al menos en Washington han hecho un monumento con una inmensa pared en la que están escritos todos los nombres de los caídos en Vietnam.

La cuarta es que este modo de actuar del gobierno, propagandístico y manipulador, fue aplaudido por el jefe de ONUSAL, quien se congratuló del acto e incluso llegó a decir que con la construcción del monumento el gobierno estaba cumpliendo con una de las recomendaciones del informe de la Comisión de la verdad. Estas palabras son realmente sorprendentes, y más en boca del jefe de ONUSAL, pues el informe de la Comisión de la verdad menciona al menos estas dos cosas: una reparación moral a las víctimas y que el monumento recoja los nombres de todas las víctimas identificadas del conflicto, a quienes les debe ser reconocida su honorabilidad y las graves violaciones de las que fueron objeto. Pero ni el monumento, ni los discursos ni la política real del gobierno van en esta dirección, y la propaganda electoral de ARENA sigue usando los mismos calificativos

ofensivos e injuriosos contra los combatientes de la guerrilla (no así, hasta el momento, el FMLN contra el ejército, ARENA, el gobierno, los cuerpos de seguridad, los escuadrones de la muerte).

La quinta y última, aunque esto es la utopía mayor, es que no se aprovechó la inauguración del monumento para recalcar y superar lo que fue la raíz fundamental del pasado conflicto bélico, lo que sigue siendo la raíz fundamental de las actuales violencias y lo que es el mayor obstáculo para la reconciliación entre los salvadoreños: la nula o muy escasa voluntad de los poderosos y pudientes a abajarse para compartir con las inmensas mayorías de pobres. Pero ya hemos dicho que eso son utopías mayores: más fácil es, como lo demuestra la experiencia, la reconciliación entre los pobres, aunque se hayan matado entre ellos durante la guerra, que el que los ricos quieran construir una estructura en el país, que les fuerce a vivir con mayor austeridad y que posibilite la vida a las mayorías.

* * *

En conclusión, buenos son monumentos y ceremonias para conmemorar cosas importantes, pero hacen daño, y a veces mucho daño, cuando conmemoran las cosas a medias y más aún cuando encubren la verdad, del pasado y del presente.

En el país es un hecho que la guerra como tal ha terminado, y eso es un inmenso bien. Es un hecho también que se negociaron unos acuerdos de paz, mínimos, pero importantes y en cualquier caso necesarios, y es bueno y necesario todo lo que sea ponerlos a producir. Pero también es un hecho no sólo que esto último no está ocurriendo como debiera, sino que la misma negociación política que trajo el fin de la guerra, no fue acompañada de verdadera reconciliación social, ni se trabajó seriamente por ello.

Esta reconciliación —aunque la premura del proceso de negociación lo explica en parte— no fue pensada teóricamente ni siquiera por el FMLN y desde luego no por la parte gubernamental, la Fuerza Armada y la oligarquía, que nunca mostraron ningún interés real en ello, sino en mantener una estructura de país que fuese sustancialmente

idéntica a la que les facilitó sus privilegios durante décadas, aunque ahora sin guerra.

En la práctica, ni siquiera al nivel de celebraciones populares del 16 de enero y del 1 de febrero se expresó la reconciliación de las mayorías populares —y nada digamos de abajarse a ellas poderosos y pudientes. Después, ha habido componendas para no cumplir mínimos de la Comisión de la verdad y graves dificultades para no tener en cuenta la dignidad de las víctimas. En otras palabras, casi todo han sido obstáculos para poner las bases objetivas de la paz y de la reconciliación.

Y lo fundamental sigue siendo que no ha habido voluntad en los poderosos de siempre, con alguna excepción, para ir al fondo del problema y buscar una concertación no sólo entre los diversos partidos políticos, sino entre los que tienen todo o casi todo y los que no tienen nada o casi nada, lo cual sólo es posible con el abajamiento de los que tienen a los que no tienen. No hay, pues, mucha



voluntad de cambio real en estas cosas, aunque esto se procura encubrir activamente, como lo muestra la autocomplacencia del presidente Cristiani ante la prensa hace muy pocos días.

Así están, pues, las cosas en el país. En este contexto, lo malo del monumento no es sólo que es sustancialmente inane: ni la realidad del país ni la voluntad de sus dirigentes están representadas, ni siquiera a modo de utopía, por el buen Jesús. Pero no sólo es inane, sino que es encubridor. Lo que el monumento está facilitando y sancionando es el olvido del pasado, y así está cooperando a que perdure la impunidad. “Todo se arregla muy fácilmente”, parecen decir los gobenantes. “Hagamos un monumento, y ya está. El pueblo salvadoreño pronto olvidará lo ocurrido, quiénes fueron las víctimas y quiénes los victimarios”. Y el pueblo salvadoreño, añadimos nosotros, pronto olvidará el monumento, si es que llegó a interesarle alguna vez.

Olvido e impunidad son dos graves males que el monumento está encubriendo, sin que propicie los bienes que suelen ir unidos verbalmente a estas dos palabras. Suele hablarse de “perdón y olvido”, pero los responsables de los crímenes sólo quieren el olvido y no muestran la menor inclinación a dejarse perdonar. Suele hablarse también de “que hay que acabar con la impunidad”, pero los responsables de los crímenes alaban los infinitos bienes de la amnistía, sin aceptar ningún tipo de sanción —saludable—, que ayude a revertir la petrificada tradición de impunidad.

* * *

Y a éstos hay que añadir un último mal. El Salvador es un país sustancialmente cristiano, y en cualquier caso la figura de Jesús —revalorizada cristiana y socialmente por los Romeros y Ella-curías— tiene gran importancia, que puede ser sagrada para unos y social para otros. Pues bien, independientemente de los sentimientos subjetivos de las personas que idearon este monumento, usar así a Jesucristo es violar el segundo mandamiento: “no usarás el nombre de Dios en vano”. La conciencia religiosa se siente ofendida con cosas de este tipo, y también la conciencia popular que re-

cuerda cuántos han dado su vida por ideales cristianos.

Cuando hasta lo más sagrado se manipula, y peor si se pone al servicio del olvido y de la impunidad, es que mal andamos en el país. Pero digámoslo positivamente para terminar este comentario: si esa vuelta a Jesús, que sorprendentemente nos regala el gobierno con un monumento, fuese sincera, entonces, sólo grandes beneficios traerá para el país. Sólo que volver a Jesús no es cuestión de imágenes, ni en la calle y ni siquiera en el templo. Es cuestión de volver al Jesús del evangelio, quien ante todo quería la vida de los pobres, al Jesús que desde ellos decía la verdad y al Jesús que desde ellos y teniéndolos ante sus ojos juzgaba sobre cómo iba la reconciliación y la paz.

Por lo que toca a esto último, que es el tema de este comentario, hay que recordar que según Jesús la reconciliación tiene que llegar a los niveles más hondos de la persona y de la sociedad. Lo primero supone, por una parte, la disponibilidad a perdonar, a acoger a quien nos ha ofendido, y, por otra, supone también la disponibilidad a dejarse perdonar —y, aunque ninguna de estas cosas es fácil, menos lo es esta última, como lo vemos en nuestro país, pues supone admitir el propio pecado. Lo segundo supone una sociedad sustancialmente igualada, en que se hayan superado, al menos en lo fundamental, insultantes diferencias y crueles injusticias, en una palabra, la inhumanidad en la que vivimos y respiramos día a día como lo más natu-

ral —supone la utopía bíblica de “que se abajen los montes y se eleven los valles”.

Para fomentar el perdón, la acogida personal de quien nos ofende, Jesús solía contar la parábola del hijo pródigo, y al final él mismo pidió al Padre que perdonase a los verdugos. Y para fomentar la reconciliación social —mucho más difícil—, Jesús propició con todas sus fuerzas, en palabras y obras, la verdad, la misericordia, la justicia. Se puso del lado del débil y denunció al opresor, todo ello con firmeza, pero también con amor, para ver si de este modo podía traer justicia, que es la realidad más verdadera y necesaria para que haya reconciliación y paz.

Durante toda su vida Jesús mantuvo vivo el ideal: “dichosos los que trabajan por la paz, dichosos los que tienen hambre y sed de justicia”. Al final, cuando la persecución arremetió contra él y se acercaba su muerte volvió a repetir “mi paz les dejo”. Pero a esto añadió sabiamente: “Yo no doy la paz como la da el mundo”.

Bueno será que todos los que en El Salvador hablan de paz, levantan monumentos a la paz y citan las palabras de Jesús se aclaren y nos aclaren si se trata de la paz del mundo —de la cual hemos tenido muy amarga experiencia— o de la paz de Jesús que también ha brillado en mucha gente buena entre nosotros.

J. S.